

La crítica literaria al maniqueísmo en la guerra civil

A sangre y fuego y El rey y la reina

María Lara Martínez

Universidad a Distancia de Madrid, UDIMA

Uno de los episodios de la Historia Universal que más se ha prestado al maniqueísmo, tanto en lo relativo a los hechos como a su revisión historiográfica, ha sido la guerra civil española, una dicotomía palpable en la propaganda, en la prensa y en los libros escolares, además de en el ensañamiento contra el rival. El 18 de julio de 1936 la escisión del Estado en republicanos y nacionales y la división en dos zonas geográficas impregnadas de tintes de reconquista condujo inexorablemente a la catalogación moral, desenterrando recelos y acuñando una nueva versión del odio, basada en retóricas grandilocuentes.

Las novelas *A sangre y fuego*, de Manuel Chaves Nogales, y *El rey y la reina*, de Ramón J. Sender revelan la lucha encarnizada, la reformulación de identidades y la necesidad salvífica del reencuentro, experiencias maduradas desde el exilio a través de la parábola.

Y, al mismo tiempo, habida cuenta de las ideologías de izquierda *sui generis* del oscense y contraria a todo totalitarismo, comunismo o fascismo, del hispalense, se intuye en sus producciones un deseo constante de parar la maquinaria bélica, extinguiendo esa amnesia letal que había llevado a las cúpulas del poder y, por ende, a buena parte del cuerpo social, a olvidar que rojos y franquistas estaban fundamentados en una naturaleza común pues, más allá de las parcelaciones estancas del cara al sol o de las barricadas, ambos eran especie humana.

1. Manuel Chaves Nogales

Nacido en Sevilla en 1897 en una familia de gran consideración social, aprendió pronto el oficio de su padre, redactor de *El Liberal*, y de la pasión desorbitada por el periodismo dan cuenta sus relatos, artículos, crónicas, reportajes, columnas y críticas, así como las entrevistas a personajes de proyección mundial, como Alfonso XIII, el emperador Haile Selassie, Humberto de Saboya, Winston Churchill, el arzobispo de Canterbury, al cabecilla rifeño Abd-el-Krim, los miembros del primer gobierno de la República, Chaplin, etc. Su abuelo, José Chaves Ortiz, fue un conocido pintor de temas taurinos que realizó el primer cartel ilustrado de la Feria de Sevilla, en 1878, y su padre destacó como miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y cronista oficial de la ciudad.

En pleno resurgir del regionalismo y con los preparativos de la Exposición Iberoamericana de 1929, tras colaborar con *El Liberal de Sevilla* y *La Voz de Córdoba*, vivió sus primeros años de matrimonio en Madrid, como redactor de los periódicos *El Herald* y *Estampa* en la Dictadura de Primo de Rivera, obteniendo el premio Mariano de Cavia en 1927 con su reportaje *La llegada de Ruth Elder a Madrid*, la primera mujer que cruzó en solitario el Océano Atlántico en un avión Junker. Su entusiasmo por los documentales sobre la incipiente aviación lo llevó a embarcarse en arriesgadas peripecias, como el accidentado viaje a la URSS que relata en *La vuelta al mundo en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929).

Durante la Segunda República cubrió la ocupación de Ifni y la revolución de Asturias. En 1931, cuando se empezó a legislar sobre la reforma agraria, desarrolló un profundo estudio sobre el

descontento y agitación de los jornaleros titulado *Con los braceros del campo andaluz*. En 1935 publicó la biografía sobre el torero Juan Belmonte y dirigió el diario *Abora*, próximo ideológicamente a Azaña.

A nivel internacional, siguió de cerca el avance del comunismo y del fascismo, movimientos que Chaves Nogales consideraba expresión de un mismo ímpetu totalitario y, por ende, destructor. En 1928 había realizado un periplo por Europa para *El Herald*, que recogió en 26 crónicas, el conocimiento directo de los aires levantiscos lo condujo a componer los libros *La bolchevique enamorada* (1929), *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y *El maestro Juan Martínez, que estaba allí* (1934), este último en torno a las aspiraciones de un bailarín de flamenco que, durante la Primera Guerra Mundial, huyó de París y acabó en la Rusia revolucionaria, así como artículos advirtiendo de la lacra de los totalitarismos. Por ejemplo, en la entrevista que hizo a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, lo tildó de “ridículo e impresentable”.

Al poco de comenzar la guerra, se puso al servicio de la República y aguantó hasta que el gobierno abandonó Madrid. Convencido de que no podía hacer nada por España se instaló en París. Antes que un fracaso, el exilio dio proyección europea a su misión informativa, conociendo de cerca la vida política exterior al trabajar en el Ministerio del Interior francés y colaborar en periódicos como *L'Europe Nouvelle*, *Candide* y *France Soir*, junto a cabeceras latinoamericanas. Desde el despacho del barrio de Montrouge organizó una publicación artesanal, *Sprint*, en la que explicaba los sucesos españoles tomando como fuente las noticias traídas por los exiliados que llegaban a Francia. Su defensa a ultranza de la democracia le ganó un puesto en las listas de la Gestapo por lo que, en 1940, cuando los alemanes cercaban París, envió a España a su mujer, Ana Pérez, a su hijo y sus hijas, y se marchó solo a Londres donde trabajó para la BBC, falleciendo en mayo de 1944.

2. Ramón J. Sender

El 3 de febrero de 1901 nació en Chalamera (Huesca) Ramón José Sender Garcés. Su padre era secretario del ayuntamiento, y su madre, maestra de la aldea. Como los padres de Sender, además de su profesión, pertenecían a familias de labradores acomodados, en su casa no tenían problemas económicos. Por tanto, Ramón J. no experimentó en la infancia las dificultades que tuvieron otros niños de principios de siglo. A los diez años, comenzó el Bachillerato como alumno libre. El capellán del convento de Santa Clara, de Tauste, Mosén Joaquín, dirigía sus estudios. En su enealoxía *Crónica del Alba* (1942) nos habla del autoritarismo paterno, de sus fechorías con los amigos del pueblo y sobre todo de Valentina, la hija del notario de Tauste. Más tarde fue enviado al internado de alumnos de los frailes de San Pedro Apóstol de Reus. Luego la familia se trasladó a Zaragoza, donde cursó quinto y sexto de bachillerato, pasando por la enemistad con su padre a Alcañiz (Teruel), donde se mantuvo trabajando como mancebo de botica.

Sus abuelos eran también aragoneses, por eso afirmaba en el prólogo de *Los cinco Libros de Ariadna* (1957):

Me ha ayudado hasta hoy el repertorio de los valores más simples y primarios de la gente de mi tierra. No del español de la urbe (...) sino tal vez del campesino de las tribus del norte del Ebro, en la parte alta de Aragón (...) soy probablemente (...) un ibero rezagado. El serlo no representa mengua ni privilegio (...) Estamos, pues, en que al menos uno ha salvado alguno de los valores de la tribu. Cierta violencia y aun brutalidad es inevitable.

En 1918, terminado el bachillerato, se escapó a Madrid. Solo y sin dinero pasó los mayores apuros de su vida hasta el punto de tener que pernoctar en un banco del Retiro durante tres meses. Se aseaba en una fuente del parque y en las duchas del Ateneo, institución a la que iba diariamente para leer y escribir, comenzando así su carrera literaria.

En la Universidad Central se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras pero, decepcionado por el ambiente académico, decidió formarse por su cuenta leyendo vorazmente en las bibliotecas y comprando libros cuando podía. Su padre, D. José Sender, se desplazó a Madrid

para obligar a su hijo a volver a casa, decisión que tuvo que acatar al ser menor de edad. En Huesca, dedicó todas sus energías a la publicación del periódico *La Tierra*, que formaba parte de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón. Como por su edad, 18 años, no podía figurar como director, en este puesto aparecía el nombre de un abogado amigo suyo, aunque era el joven Ramón J. quien lo gestionaba con gran esfuerzo y entusiasmo.

Al cumplir 21 años tuvo que ingresar en el ejército, participando en las guerras de Marruecos, donde obtuvo experiencias que plasmaría en su novela *Imán* (1930) y, a su regreso, se instaló de nuevo en Madrid, trabajando como periodista en *El Sol*. Además de involucrarse en las revueltas anarquistas, en 1927 estuvo en la Cárcel Modelo de Madrid a consecuencia de sus actividades revolucionarias contra la dictadura de Primo de Rivera.

A finales de 1933 y principios de 1934 residió algunos meses en Rusia. A pesar de formar parte del grupo Espartaco y poner su pluma al servicio de la revolución, empezó a distanciarse del anarquismo por la falta de sentido organizativo. Con la llegada de la República, el Estado decretaba leyes sociales y promovía jurados mixtos que daban la razón al obrero, no era el momento de soñar con “el cielo y los jardines de Mahoma”, sino que tocaba dar el salto a la acción política, por lo que ilusionado por el carácter socializante del bienio azañista se aproximó al comunismo, aunque nunca perteneció al partido.

Con una fe inquebrantable en el poder liberador de la cultura, ante la represión sangrienta de Casas Viejas, fue al lugar para informarse detalladamente de los hechos y denunciarlos con la crudeza de la verdad en *La Libertad* y en el libro *Viaje a la aldea del crimen* (1934). La masacre de los campesinos constituyó la primera gran decepción para los que creían en la República y, en este período donde las opiniones cambiaban con la velocidad del rayo, dio a la imprenta títulos como *El verbo se hizo sexo: Teresa de Jesús* (1931), *Siete domingos rojos* (1932), *La noche de las cien cabezas* (1934) y *Mr. Witt en el cantón*, novela sobre el movimiento cantonalista de Cartagena con la que en 1935 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

Al estallar la Guerra Civil se encontraba con su esposa, Amparo Barayón, y sus dos hijos (un niño de dos años y medio y una niña de seis meses) veraneando en San Rafael, pueblo segoviano en la sierra del Guadarrama. Las tropas sublevadas ocuparon la zona y Ramón J. Sender decidió que su mujer y sus hijos se fueran a Zamora, con sus suegros. Por su parte, él pasó de noche las líneas del frente y se unió como soldado a una columna republicana que llegaba de Madrid. En el mes de octubre asesinaron a Amparo y en 1937 él marchó a Francia, pudiendo sacar a sus hijos por medio de la Cruz Roja Internacional, reuniéndose con ellos en Bayona y dejándolos en Pau al cuidado de dos muchachas aragonesas.

Volvió entonces a Barcelona, pidió que lo enviaran al frente de Aragón, al Segre, con las tropas de la CNT, pero los comunistas no se lo permitieron y el gobierno republicano lo envió a Estados Unidos a dar una serie de conferencias en Universidades y otros centros para presentar la causa de la República. Luego se le encargó la fundación en París de una revista de propaganda de guerra titulada *La voz de Madrid*. A fines de 1938 pasó otra vez a Francia y en marzo de 1939 se embarcó con sus hijos a México y, en 1942, se trasladó a Estados Unidos.

Alejado de España, compondría *Réquiem por un campesino español* (1960, primera edición de 1953 con el título de Mosén Millán), *El bandido adolescente* (1965, sobre el pistolero norteamericano Billy el Niño) y *La tesis de Nancy* (1962 novela humorística sobre el contraste entre la mentalidad estadounidense y las costumbres españolas), entre otras obras, falleciendo el 16 de enero de 1982 en San Diego (Estados Unidos).

3. La democracia imposible o la tercera España

Realmente existía una tercera España, el número par no portaba la clave de la paz. El golpe había triunfado en la mitad del ejército, encabezado por Mola, Franco y los generales africanistas, fracasando en la otra mitad de España, alineada con la República. Ni unos ni otros tuvieron la fuerza para vencer en horas. La guerra duró en torno a los mil días, la dictadura de los vencedores, casi cuarenta años, fraguándose pronto la versión falaz de que se trataba de un acontecimiento inevitable.

Como expuso Julián Marías, el discípulo aventajado de Ortega, aunque ni los más extremistas desearon la guerra, sí llevaron a cabo una destrucción sistemática de la República. Es más, un amplio sector de la población quiso lo que resultó en guerra civil pues se dejó llevar por el fanatismo y el sonambulismo en el insensato bucle del odio. Así, se contribuyó a la división del país en dos bandos, a la identificación del “otro” con el mal y a la eliminación política o física. Ambos supieron encontrar reclutas. En el trienio, la República movilizó a 28 reemplazos, sumando 1,7 millones de soldados, por su parte, los nacionales movilizaron 15, en cifras, 1,26 millones de hombres. Los voluntarios fueron esenciales en los primeros meses: unos 120.000 hombres (y también mujeres) se presentaron para defender la República, otros 100.000 se posicionaron proclives al alzamiento.

Sin embargo, fueron los reemplazos movilizados obligatoriamente los que nutrieron las fuerzas en liza desde el otoño de 1936. No eran voluntarios de camisa azul y boina roja, ni de trabuco en bandolera y lecturas leninistas. Eran ciudadanos a los que la Guerra Civil osó partírles la existencia, pues su ideología estribaba en sobrevivir sin hacer daño a nadie, dedicarse al trabajo, atender a la familia y beberse un trago de vino el día de la fiesta. No habían oído hablar antes ni de checas, ni de paseos, ni de pardones, y fueron a la batalla por motivos cronológicos (les llegó su quinta), o geográficos, en cumplimiento de la profecía de Antonio Machado: “una de las dos Españas ha de helarte el corazón”.

Cuando parecía que Madrid estaba a punto de caer, el Gobierno republicano decidió trasladarse a Valencia. También se organizó el desplazamiento de reconocidos intelectuales entre los que se encontraban Machado y José Moreno Villa, director del Archivo del Palacio Nacional de España durante la Segunda República. El viaje tuvo lugar el 24 de noviembre de 1936, en camiones, o en dos autobuses, según otras fuentes. Iban escoltados por milicianos del 5º Regimiento de las Milicias Populares y formaban parte de la caravana varios vehículos blindados con los libros y material científico de los eruditos, acompañados de sus familias.

Machado se resistió a abandonar Madrid hasta el último momento, como pone de manifiesto en su emocionado discurso de despedida en la sede del 5º Regimiento. Para convencerlo tuvieron que visitarlo en dos ocasiones Rafael Alberti y León Felipe en su domicilio de General Arrando a unos pasos de Santa Engracia. Allí vivía el poeta con su madre, su hermano José, la esposa de éste y tres sobrinas.

Después de un duro trayecto por los controles de carretera realizados por las organizaciones obreras, a las que no convencían aquellos republicanos de chaqueta, sombrero y corbata, llegaron a Tarancón (Cuenca), donde los alojaron en una casa grande, con lujos impensables en la capital sitiada.

La anécdota refleja la cruel conducta del autómatas, incomprensible tanto para la razón como para el sentimiento. Cuando se dispuso a descansar el profesor sevillano, preguntó a un miliciano de quién era la vivienda, a lo que repuso: “es del cacique del pueblo, pero no se preocupe, camarada, le dimos el paseo antier (anteayer) a toda la familia”. No consintió profanar Machado el lecho de las víctimas y durmió sobre la alfombra.

Moreno Villa, al inquirir por los propietarios de la casona en la que pernoctaría, recibió la escalofriante declaración: “Los matemos ayer” (error gramatical de conjugación del paradigma verbal). Esto lo llevó a recordar una conversación mantenida en la Residencia de Estudiantes:

Todas las noches oíamos descargas de fusilamientos en las cercanías, y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas, que nos miraban como a burgueses dignos de ser arrastrados, cómo eran las víctimas de los famosos paseos: El de hoy era un señorito fascista, tenía zapatos de charon y estaba envuelto en una bandera monárquica. El de ayer era un pobre de alpargatas...

Madrid (con 1 millón de habitantes) vivió la guerra desde dos vertientes: la del pánico de los que veían llegar a los franquistas y habían tomado la decisión de resistir con el lema “no pasarán” y la de los que anhelaban su llegada. Importaba el fin de la guerra, pero en el corto plazo había que luchar por la supervivencia. El hambre era mayor en la capital que en los pueblos. A

comienzos de 1937 comenzaron a funcionar las cartillas de racionamiento. Ante la dificultad de abastecimiento, los miembros de una misma familia acudían a distintos puntos para hacer cola o se disfrazaban para pasar dos veces. En la calle Goya, esquina con Alcántara, existía una fábrica de galletas que vendía un kilo de pastas rotas por persona, la cola ya estaba formada a las 4 de la madrugada aunque abrían a las 9. Algunos iban con taburetes para soportar la espera.

Mientras los niños buscaban restos de proyectil en la Gran Vía, bautizada como Avenida de los Obuses, los periodistas, como el resto de los madrileños, se veían obligados a urdir artimañas para conseguir todo tipo de alimentos. Fue famosa la enorme reserva de comida y whisky que Hemingway almacenaba en su habitación del Hotel Florida, en la esquina de Callao, así como la bronca que montó cuando le desapareció la mermelada de su armario. Asimismo, el cuarto de baño de Sefton Delmer, del *Daily Express*, estaba repleto de botellas de vino que había comprado a los anarquistas, que a su vez las habían robado del Palacio Real.

La ciudad experimentó importantes contradicciones, pues los alquileres bajaban a la mitad por decisión del gobierno republicano, pero la carne duplicaba su precio porque sólo se conseguía en el mercado negro. En la Gran Vía el 7 de noviembre de 1936 trescientas mujeres se manifestaron contra el fascismo gritando lemas como “más vale morir de pie que vivir de rodillas”. Faltaba poco para que la arteria principal de Madrid dejara de ser la Broadway española para convertirse en una tumba. Pronto, los primeros brigadistas internacionales desfilaron por la Gran Vía pertrechados con su variopinta vestimenta: boinas y cazadoras de cuero en contraste con los monos azules de los milicianos. Por su parte, Mola amenazaba con tomarse una taza de café en la Puerta del Sol.

Para Mariás, durante la Guerra Civil la politización y la frivolidad se vincularon a la pereza. Causaba hastío pensar y era más fácil “echar por la calle de en medio”. Fueron unas “vacaciones” tétricas para la inteligencia y para el diálogo que sustentan el pluralismo. Mientras se conculcaban las reglas de la democracia, dirigentes de uno y otro signo estuvieron dispuestos a enmendar por la fuerza el veredicto de las urnas y, al término, más que de triunfo o aniquilamiento, podría hablarse, como exponía el filósofo vallisoletano, de “justamente vencidos” e “injustamente vencedores”.

4. Fuego sin reina

Las dos obras cuyo análisis abordamos ejemplifican el latir de la tercera España a la que se llegaba por vocación o por convicción evaluados los desastres de la contienda. Más allá de las particularidades ideológicas de partida, Ramón J. Sender y Manuel Chaves Nogales poseen trayectorias paralelas: vocación periodística, prolífica creación literaria, alineamiento incipiente con la izquierda militante, confianza en la potencialidad de la cultura, desencanto a medida que la guerra se perpetúa en el frente y en la retaguardia y, anticipo de una máxima, la del indiferentismo hacia un bando u otro, viraje que es difícil de conseguir cuando se es coetáneo de los hechos pero no olvidemos que, con dosis bastante exactas, entre 1936 y 1939, se ejercía la represión contra el maestro y el fraile, los apóstoles laicos y confesionales del ciclo republicano.

Hastiado por la violencia en ambos bandos, el libro *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (impreso en Chile en 1937 y en España en 1993) conforma un firme alegato contra la brutalidad bélica, tanto de los nacionales como de los republicanos: “la crueldad y la estupidez se enseñoreaba entonces por toda España”, dantesco panorama que él atribuye “a la peste del comunismo y del fascismo”.

En el prólogo se define como un “pequeño burgués liberal”, ciudadano de una república democrática y parlamentaria, tan enfrentado ideológicamente al comunismo de Rusia como al fascismo italiano, antifascista y antirrevolucionario por temperamento. En un modesto hotel de arrabal Chaves Nogales escribe con fines terapéuticos, para deshacerse de la congoja de la expatriación, y con voluntad de resistencia, para ganarse la vida. Otea los Pirineos, compone nueve relatos y, con ellos, logra entenderse mejor a sí mismo siendo capaz de reflexionar lúcidamente sobre su partida:

me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba vivir y la sangre me ahogaba. ¡Cuidado! En mi decisión pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco, asesinando mujeres y niños inocentes. Y tanto o más miedo tenía de la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de la Falange, que a la de los analfabetos anarquistas o comunistas.

En el primero de los relatos *¡Masacre, masacre!*, Madrid es una ciudad sitiada, los bombardeos causan innumerables desgracias en la población civil, las delaciones a las milicias comunistas y anarquistas sirven de instrumento para la venganza personal y, como en el Siglo de Oro, el rumor incita a presentar cargos ante la Inquisición. En este clima psicótico, Valero, universitario militante de las Juventudes Unificadas, se rige por su conciencia revolucionaria, aunque entre las víctimas de la justicia popular se hallará su propio padre.

En *La gesta de los caballistas* un marqués andaluz organiza una cuadrilla de hombres armados, entre los que están sus hijos y el “pae Francisco”, que salen en persecución de la “canalla roja” por los pueblos de la comarca. En la Guerra Civil uno de los denominadores comunes fue el factor de la represalia, por ejemplo, las muertes del teniente Castillo y de Calvo Sotelo. José Antonio, el señorito andaluz, vuelca toda la ira e indignación, provocada por la mutilación de un animal por los republicanos, apuñalando a un joven gitano herido y maniatado.

La Iglesia, representada por el “pae Francisco”, tampoco queda bien parada en el cuento. Con incertidumbre recibieron los republicanos católicos la pastoral colectiva del episcopado, del verano de 1937, como revela la pregunta retórica del sacerdote: “¿Para qué estoy yo aquí sino para arreglarles los papeles a los que tengáis que mandar de viaje al otro mundo?”.

Una carta, redactada por el cardenal de Toledo, Isidro Gomá, con la que Franco pretendía ganarse a la opinión católica mundial y con la que, precisamente, consiguió su objetivo pues como escribía un colaborador de la Oficina Nacional de Propaganda franquista “la carta de los obispos españoles es más importante para Franco en el extranjero que la toma de Bilbao o Santander”, produciéndose plenamente la manipulación propagandística que el cardenal Vidal i Barrquer, arzobispo de Tarragona, había temido y que lo había llevado, entre otras razones, a no suscribir la epístola. Yanguas Messía, embajador de la España nacional ante El Vaticano, afirmaba:

Nosotros no pretendemos que la zona roja sea el infierno y la nuestra el cielo, porque el cielo no está en la tierra. Más sí podemos afirmar que la zona roja es el infierno, con todos sus refinamientos satánicos, y la nuestra es la tierra, con sus virtudes y sus flaquezas, que nadie es perfecto en este mundo. Y una tierra, eso sí, donde se bendice a Dios y en su nombre se lucha y por Él se muere.

Y a lo lejos, una lucecita está protagonizado por los milicianos Jiménez y Pedro, encargados de perseguir el hilo de una cadena de espías fascistas que, en la oscuridad de la noche, transmiten con la luz de sus linternas la información recabada sobre las actividades desarrolladas por los milicianos. Queipo de Llano arenga a sus tropas desde la emisora de radio en Sevilla e intenta minar la moral de “los hijos de la Pasionaria”.

En *La columna de hierro*, convictos y desertores del frente se agrupan en supuestas compañías del ejército republicano con la excusa de combatir a los fascistas en la retaguardia pero, sin embargo, se dedican al pillaje. En *El tesoro de Briesca* el comandante Arnal, comisionado por la Junta de Madrid para poner a salvo los tesoros artísticos y arqueológicos, es el único que conoce el paradero secreto de dos cuadros de El Greco. Convencido de que su tarea era absurda entre tanto salvajismo, se ofrece como combatiente y sirve de ejemplo heroico para los milicianos y voluntarios civiles que, habitualmente, se batían en retirada ante los nacionales, profesionales de la guerra. Los republicanos de Monreal no se ponen de acuerdo en *Los guerreros marroquíes* sobre cómo actuar ante un rehén malherido, vaticinio de la división entre comunistas y anarquistas en la prolongación del conflicto.

Los comunistas proponen curarlo y obligarle a luchar con las milicias, los anarquistas quieren dejarlo libre y que decida su futuro, finalmente los paisanos lo reclaman para lincharlo pues lo consideran propiedad suya. *Viva la muerte*, título con evocaciones del grito legendario de Millán Astray, el señor Tirón, abogado de derechas, salva la vida gracias a la compasión de la miliciana Rosario. *Bigornia* es un ogro de desproporcionadas dimensiones físicas y morales, herrero de profesión y anarquista por naturaleza que, rebelándose ante todo dominio, presencia el asalto al Cuartel de la Montaña armado con su martillo y regresa a su casa junto a su prole asqueado por la hipocresía de las filas. En *Consejo obrero*, el último relato de la serie, Daniel, obrero independiente que se había negado a seguir las directrices de los sindicatos por lo que no había secundado las huelgas en los años previos, y Bartolo, obrero de pasado falangista, padecen el terror de las organizaciones sindicales convertidas en auténticas mafias con el advenimiento de la guerra.

La tónica común de los relatos globalizados con el título *A sangre y fuego* es que, en ambas zonas, la libertad brillaba por su ausencia debido al “miedo de los sectarios al hombre libre e independiente. La causa de la libertad entonces en España no había quien la defendiera”. Un diagnóstico, el del suicidio de la democracia, que llevó a Chaves Nogales a concluir con amargura: “yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos: para un español quizá sea eso un lujo excesivo”.

Sobre esta tercera España imposible, en la que imperara el lenguaje de la lógica y no el ruido de las armas, gira también *El rey y la reina*, de Ramón J. Sender, novela dedicada a su hermano Manuel, alcalde de Huesca, fusilado por los insurgentes en el invierno de 1936. El libro, publicado en 1949 en México y en Argentina y en nuestro país en 1970, combina dos planos, la realidad exterior, Madrid en la Guerra Civil, y el desarrollo psíquico de los protagonistas, el jardinero Rómulo y la duquesa, con el afán de mostrar que, más allá de su corolario político, todas las personas tienen defectos y el egoísmo enturbia el camino de la paz.

El palacio es ocupado por los milicianos, la aristócrata se refugia en la torre y Rómulo, miembro del sindicato y partidario de la República, la protege porque es ella. Esteban, marqués de R. y amante de la dama, está en el Cuartel de la Montaña, donde participa en el asesinato de los soldados que se resisten a sumarse a los sublevados. Las milicias izan la bandera tricolor en la casa del jardinero, contigua a la mansión, y una noche en que el duque, al que se creía muerto, visita a su esposa, Rómulo lo entrega a los rojos en cumplimiento de su deber. La conquista de Madrid se recrudece, las bombas destruyen una escuela y causan la muerte de doscientos niños, en el palacio se instala una oficina de reclutamiento... La duquesa habla de la desgracia y de la estupidez universales, a las que ella misma se somete. Esteban confiesa que el pueblo tiene la razón, pero que es necesario quitarle esta razón a fuerza de cañonazos.

Estos acontecimientos actúan de telón de fondo del progreso operado en la mente de los protagonistas. La guerra se ha convertido en la dueña de la casa y, entonces, llega el recuerdo del encuentro del jardinero y la duquesa desnuda en la piscina del palacio la víspera del alzamiento: “¿Rómulo un hombre?”, inquiera desconcertada la bella mujer que, hasta ese instante, daba por hecho que el vasallo y la señora pertenecían a especies, antes que a clases, distintas.

Gracias a la protección del jardinero, la duquesa vive al margen de las miserias del vulgo en la planta quinta, donde las habitaciones están decoradas con arañas de cristal tallado, cornucopias, un cuadro marino que hace recordar en Rómulo la piscina y un grabado francés de un esqueleto vestido en actitud coqueta que presagia el fin de la soberbia de la aristócrata.

Con el paso de las semanas, el descenso de pisos por parte de la duquesa anuncia que ha llegado la hora de su humanización, también va acrecentándose su acercamiento a Rómulo. En la cuarta planta hay un tapiz de Goya en tono amarillo, el color de la ironía. En la tercera, una pintura de Zurbarán de un santo en éxtasis a cuyos pies yace una calavera con la boca abierta. En la segunda, una copia de la *Resurrección* de El Greco, la cual parece trazada con sangre, plomo y óxido de cobre. Con este lienzo que alude al término de la existencia terrena, Sender apunta a la desaparición del viejo orden y el nacimiento de un nuevo sistema. Una noche, desde la torre, la duquesa cree ver en su contemplación de la ciudad la proyección gigantesca de la obra del cretense, símil de la resurrección del país tras la contienda.

La duquesa, que vino al mundo a jugar, se encuentra con la muerte cara a cara: “Todo es demasiado espantoso para poder aceptarlo como una lección y aunque no lo fuera, a mí no pueden ya servirme de nada esas lecciones, porque quizás he venido a la vida a jugar y es mi destino seguir jugando hasta el fin. Pero en mis juegos hay sangre. Ahora hay sangre...”. Rómulo, antes sólo un nombre, se convierte a sus ojos en un hombre, y sale de la ignorancia mediante la lectura si bien en el *Libro de los Ejemplos de las Monarquías*, el tomo que más lo entretiene, halla el futuro macabro que a corto plazo lo aguarda: el hombre es el rey y éste tiene por ideal a la reina, ambos forman la monarquía pero “cuando el rey quiere cumplirse en la posesión ideal de la reina hasta alcanzar los absolutos de Dios, la armonía se rompe y el orden del matrimonio se acaba. Que alcanzar la ilusión es matarla y realizar en ella la ambición de sí mismo no es posible sin pasar por esa muerte y desgracia”.

“Yo, yo- dice en cierto momento-; un hombre. Sí, un hombre, yo. Desnudo, soy un hombre como la señora es una mujer”. Para calmar el deseo sensual, el jardinero bebe agua de la piscina, pero no logra saciar la sed hasta que ciñe el busto de la duquesa. Rómulo y la duquesa son la personificación de las dos Españas, el pueblo y el poder, que al ser dibujados como varón y hembra traslucen la esperanza de Sender de la reconciliación nacional como meta.

Un propósito que no se presuponía fácil y que, al acabar la lucha, ante el dualismo funesto, resultó utópico. En el marco emocional de la trama cuando la vida les presenta la posibilidad de vivir una nueva juventud como rey y reina, pues se han quedado viudos y pueden oficializar la relación, el cumplimiento del objetivo lleva inexorablemente asociado el fallecimiento de la dama.

“Sabe Dios cuando habrá otro verano” suspira don Luis, el padre que protagoniza *Las bicicletas son para el verano* de Fernando Fernán Gómez (1978), consciente de que cuando callaran las bayonetas no habría llegado la paz, sino la Victoria. En el desenlace de *La vaquilla* (1985), película de Luis García Berlanga que retrata, bajo el lenguaje de la comedia, la desilusión ante las consignas de los dos bandos, es la copla *La Hija de Juan Simón* la que evoca esa España que, siendo libre en esencia, entre zarandeos se moría de pena, igual que era pasto de los buitres la res disputada por milicianos y nacionales para las fiestas de la aldea.

Bibliografía

- Carpintero Capel, H.: *Una voz de la “tercera España”: Julián Marías, 1939*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Chaves Nogales, M.: *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*, Sevilla: Espuela de Plata, 2013.
- Fernán Gómez, F.: *Las bicicletas son para el verano*, Madrid: Cátedra, 2010.
- Juliá, S.: *Víctimas de la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 2004.
- Lara Martínez, L.: *Historia Social y Política Contemporáneas*, Madrid: Ediciones CEF, 2014.
- Lara Martínez, L.: *España actual*, Madrid, Ediciones CEF, 2012.
- Marías, J.: *La guerra civil. ¿Cómo pudo ocurrir?*, Madrid: Editorial Fórcola, 2012.
- Martínez Reverte, J.: *La batalla de Madrid*, Barcelona, Booket, 2007.
- Matthews, J.: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil. 1936-1939*, Madrid: Alianza, 2013.
- Sender, R. J.: *El rey y la reina*, Barcelona: Destino, 1970.